

Álvaro Ochoa Serrano, *La Ciénega de Chapala. Un cuarteto de textos a flote.*

Tlalpujahua: Editorial Morevalladolid, 2023, 231 pp.

ISBN: 9786074247909

En este libro el autor marca como parteaguas la desecación oriental del mar Chapálico y menciona que: “Hasta ahora, casi todos los estudios han abordado el paisaje, a los empresarios, [...] pero pocos, y marginalmente, la vida social de la región” (Ochoa, 2023: 19). El panorama que nos ofrece es amplio, detalla qué pueblos, haciendas, puertos, caminos, puentes, estancias, ríos, arroyos, veredas, cañadas y cerros formaban parte de la Ciénega de Chapala en 1761. También, comparte un plano de 1816 del Lago de Chapala y sus islas. La publicación contiene los cuatro apartados que se presentan a continuación.

Tototlan, Totolán

El autor señala este asentamiento como “indígena y migrante”, todo indica que es un asentamiento de desplazados: “No muestra vestigios prehispánicos en su actual territorio”.

Así confluían en la ciénega sureste nombres nahuas como Atehuac, Chacolotl, Chichiquilan, Cualachiatepec, Tecomatan, Tliltepechco, Zahuayotl, Zihuatepec, con las palabras purépecha o tarascas Apatzingan, Cahro, Cumuato, Guaracha, Hua-

nimban, Paracho, Paxacuaran, Peribán, Siquítaro, Tumbicato. Con todo, gentío y nombre de Tototlán llegarían después del *encontronazo europeo* (25).

Esta obra nos lleva a conocer “el penar indígena” —dice el autor— para referirse a la lucha que a lo largo de la historia se ha dado por “el agua y la tierra”; así como también la marcada desigualdad que significó para la gente de la región la Hacienda de Guaracha. Cuenta la llegada de los españoles, el reparto de encomiendas y las resistencias de varios pueblos en 1528.

Con la llegada de don Vasco de Quiroga, se dio un nuevo orden colonial, en 1535 y “Jiquilpan quedó como cabeza de corregimiento” (29). Acerca del Barrio San Martín Tototlan, Alvaro Ochoa dice: “sujeto a Jiquilpan, de gente muy distinta al de la cabecera y dispersa, quedó ‘al pie del cerro nombrado Hualacha’ (Guaracha), río a la mano” (31-32). La publicación registra los datos arrojados por una buena cantidad de censos de población que dan cuenta del creciente número de habitantes, el registro de los nacimientos y las enfermedades que padecieron y diezmaron a la población. Sobre Jiquilpan dice el autor que:

Paró en centro de gobierno civil; y, por el costado eclesiástico, en parroquia franciscana de la Provincia de San Pedro y San Pablo, diócesis de Michoacán. Los hermanos franciscanos organizaron Jiquilpan en barrios a partir de quienes estaban antes de la conquista purépecha o tarasca.

En la *Suma de Visitas*, entre 1548-1550, los tasadores de tributos reales escuetamente anotaron que Xiquilpa, en la jurisdicción de Mechuacan, no servía a ningún encomendero, sino que volvía a las manos de su majestad, el rey de España. [...] El pueblo-cabecera y los barrios comprendían “ciento y sesenta y seis casas y en ellas setecientas y setenta y dos personas sin los niños”. Asentados en un llano rodeado de cerros pelados (32).

El autor narra y describe la forma en que celebran sus fiestas, registra eclipses, como el del 13 de mayo de 1752: “se obscureció, vimos estrellas, y juntamente recógense los pajarillos” (39); la erupción del volcán Jorullo en septiembre de 1759 y las plagas que azotaban los campos. La abusiva expansión de la Hacienda de Guaracha provocaba un constante reclamo ante las autoridades, dicen los ancianos de San Martín Tototlan:

Por el viento norte en que se introdujo la hacienda de Guaracha, propasándose de la mohonera que al tiempo que se practicaron dichas medidas se puso por nuestra parte sin contradicción alguna de los colindantes que fueron citados, propasándose en tanto extremo que hasta las casas de nuestra habitación pastan sus ganados (39).

Ya hacia finales del siglo XVIII y principios del XIX, las crisis agrícolas habían provocado “carestía, hambre y calamidad”, dice el autor que:

Se palpaban síntomas de malestar. Surgen cuadrillas de bandoleros. Una encabezada por Martín Toscano, al sur de la Laguna de Chapala [...]. El caporal de la hacienda de Guaracha capturó al cabecilla en 1792. Se le encausó en la Audiencia de Guadalajara y, tras juicio sumario, fue ejecutado en 1803 (43).

También se narra en este apartado sobre la formación de los poblados de Los Remedios, la Independencia, las Leyes de Reforma, la primera “cristeriada”, la Revolución Mexicana, la Constitución de 1917 y los repartos de tierras.

La Ciénega de Chapala en la Guerra de Independencia

En esta sección, el autor detalla puntualmente a personajes y situaciones que tuvieron lugar en esos años, quiénes participaron y en qué bando lo hicieron. Cuando inicia la guerra de independencia en 1810, “los despojados de tierras o dañados en sus intereses por Guaracha [...] salieron a saldar cuentas” (44). En esta guerra tiene un papel importante Marcos Castellanos y los rebeldes de la isla de Mezcala, hasta su rendición en noviembre de 1816, pues “Hacen mella en la isla ‘una maldita peste’ y la escasez de alimentos”. De lo sucedido en Jiquilpan, cuenta:

El cura rebelde García Ramos y Gallaga, pasaron preparados a La Palma [...] el Lego ideó la toma de Jiquilpan. Al grito de ¡Viva la Virgen de Guadalupe!, pisaron suelo jiquilpense. La plebe simpatizante disfrutó fandango y peleas de gallos. Sin embargo, un cuerpo de acordada comandado por Manuel del Río desazonó el festejo [...]. Los insurrectos del Lego marcharon al sur, hasta Colima [...] hubo represalia al festejo

insurrecto en Jiquilpan. Manuel del Río, con fuerza numerosa, envolvió la población e hizo prisioneros a un centenar de vecinos. Tras sortear a uno de cada cinco, les aplicó la pena de muerte. Los escogidos fueron ahorcados “en un punto al Norte y que llevaría el nombre de Los Colgados”. Un hijo de los Bautista López cambió la suerte del padre en el sacrificio (84-85).

Álvaro Ochoa rescata personajes que participaron en la guerra de Independencia, como es el caso de los que a continuación se mencionan:

Albino García y su esposa, María Guadalupe Rangel, que formaron un grupo de parientes y conocidos para socorrer a los rebeldes. [...]

San Pedro Cahro quedó casi reducido a cenizas. Parte de Jiquilpan mostraba escombros. Tizapán renacía de entre las ruinas (108).

Un latifundio y los pueblos colindantes del sureste chapálco

En este apartado el autor detalla los daños y perjuicios que ocasionó la Hacienda de Guaracha a la región. El siglo XVI:

El de la nueva conquista, expansión, colonización y mestizaje. Castellanos y pobladores originarios produjeron nuevas relaciones sociales, más otras uniones plebeyas con etíopes esclavos, dando origen a los afrodescendientes. Los mulatos, las criaturas de los negros, sembradores del desorden, se criaron “sin tomar muy buenas costumbres, y como personas, hacen de sí lo que quieren y muy pocos se aplican a oficios y casi ninguno a cultivar la tierra, sino a guardar ganado y otros oficios a donde anden con libertad” (111).

En cuanto a Jiquilpan, el autor señala que:

En 1683, el cura ministro de doctrina jiquilpense levantó un padrón de los vecinos. Este comprendía el pueblo con sus tres barrios y el agregado de Tototlan. Enumeró a 529 gente adulta y 131 de la muchachada sin los niños. Según parecer de fray Francisco Covarrubias, por el color de piel o apariencia, se distinguía a 329 indios, 76 españoles, 67 negros y mulatos y 47 mestizos de ambos géneros.

Por la incursión de Guaracha, Los Santos Reyes Jaripo, pueblo indio, tuvo un auge a lo largo en las postrimerías del siglo XVIII; de 929 habitantes en el haber 743 eran mulatos (113).

Briseñas, panorama entre ríos

Interesante sección, donde el autor indaga en la parte del territorio cenagoso junto al mar chapálico; al río Lerma o Grande, a las poblaciones de Briseñas, Cumuato, Vista Hermosa, Ixtlán, Buenavista, El Paso, La Barca. Habla también sobre las pestes traídas por los españoles y que diezmaron a las poblaciones:

A la vuelta de siglo, tras la peste de 1574 y las congregaciones de 1598 -mediante cristianización y nuevo régimen de trabajo- casi todo había cambiado en el ya curato de Ixtlán. Por principio de cuentas disminuyeron tres cuartas partes de gente y desapareció la mitad de los doce pueblos sujetos. En 1630 sólo había ciento cuarenta tributarios; 24 de ellos en San Francisco Ixtlán, 25 en San Cristóbal Pajacuarán, 20 en San Miguel Guaracha o Guarachita, 6 en San Pedro Cahro, 45 en Santiago Tzahuayo y 20 en La Asunción de Nuestra Señora Cojumatlán, es decir, un total de 560 moradores. Los naturales venían a menos y, en cambio, las estancias criollas iban a más (145).

Este apartado se refiere a las haciendas asentadas en esa región. Habla sobre La Barca y la migración de sus habitantes a Estados Unidos y narra la historia familiar del autor.

Al leer esta publicación, es evidente la gran cantidad de información encontrada por el autor en archivos, así como una vasta bibliografía. La riqueza de la información que aquí se encuentra, abarca no sólo la conformación de las haciendas y los pueblos de La Ciénega, sino también: fenómenos naturales, festividades, danzas, epidemias, etcétera.

Finalmente quisiera resaltar que *La Ciénega de Chapala. Un cuarteto de textos a flote* tiene un sello característico presente en las obras de Álvaro Ochoa

Serrano: el lenguaje antiolemne y coloquial, de los habitantes de esta región. El autor tiene en su haber una gran cantidad de publicaciones sobre Jiquilpan y los pueblos que conforman La Ciénega, y nos muestra a través de éstas, su complicidad, su identificación y su orgullo de ser uno más de los aquí vivimos.

Ma. Guadalupe Ramos García
Unidad Académica de
Estudios Regionales